

Tess Gallagher

El amante de los caballos

Traducción de Antonio-Prometeo Moya



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

The Lover of Horses

Harper & Row

Nueva York, 1982

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: «Siete Leguas», Alfredo Arreguin, 1991

Primera edición: junio 2011

© De la traducción, Antonio-Prometeo Moya, 2011

© Tess Gallagher, 1982, 1983, 1984, 1985, 1986, 1992

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7566-9

Depósito Legal: B. 15941-2011

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Para Ray

EL AMANTE DE LOS CABALLOS

Dicen que mi bisabuelo era gitano, pero la explicación más común de su comportamiento es que era un borracho. ¿Cómo iban las mujeres a conservar todos estos años el azote de su recuerdo si no tuvieran la enfermedad habitual de la familia para echarle la culpa? Probablemente fue las dos cosas, gitano y borracho.

A pesar de todo, tengo motivos para creer que su gitanería tenía más que ver con el cambio que dio su vida que con el alcohol. Antes discutía de este asunto con mi madre, aunque casi toda la información que tengo sobre mi bisabuelo procedía de ella, que a su vez la recibió de su madre. Un borracho, le decía yo, no habría tenido iniciativa. Se habría limitado a hundirse con sus fracasos y no habría tenido nada para mostrar a cambio. Pero mi bisabuelo tuvo once hijos, un signo de laboriosidad, sin duda, y amaba los caballos. Tuvo tantos caballos que fue lo que la gente llamaba un *horse poor*, una persona que se entrapa por culpa de su dedicación a los caballos.

Hasta que visité Collenamore, el lugar del oeste de Irlanda de donde procedía mi familia, no supe que mi bisabuelo había sido probablemente un «susurrador», una cas-

ta especial de gitanos con fama de hacerse entender por los caballos. Estos hombres no tenían miedo ni siquiera de los caballos más falsos y resabiados. Antes bien, solían encerrarse con los animales ariscos en las cuadras para poner en práctica sus habilidades.

Puede que fuera porque era necesaria cierta intimidad, o puede que los susurradores no quisieran que se conociese el contenido de sus conversaciones equinas. Lo único que se sabe de cierto es que adquirían poder sobre los caballos por medio de susurros. Nadie sabía qué les susurraban. Pero la eficacia de sus métodos era famosa, y cualquiera de la región que tuviera un caballo repropio sabía que si llamaba a un susurrador, el caballo se tomaría muy en serio lo que se le dijera y modificaría su conducta desde aquel punto y hora.

Por lo que decían todos, mi bisabuelo era también un pedazo de semental, y cuando iba a un campo donde pastaba una manada de caballos, los animales levantaban la cabeza y le relinchaban. Entonces sus barbudas quijadas se movían, y a pesar de que el bisabuelo emitía sonidos que si eran palabras no podían ser comprendidas por los caballos, éstos querían oírlos; y uno por uno echaban a andar hacia él, hasta que llegaban a su altura. Si les daba la espalda y volvía a la carretera, los animales lo seguían. Seguramente estaba borracho, decía mi madre, porque se tambaleaba y no dejaba de murmurar. A veces se detenía en seco en la carretera y los caballos se quedaban pegados a él, y cabeceaban mientras él movía los labios. Pero como estas cosas se veían de lejos, y como el relato las ha limado, en la actualidad es imposible saber si el bisabuelo decía algo que fuera relevante para los caballos. Ni siquiera si su buen comportamiento se debía a los susurros. Tampoco estaba claro, cuando los abandonaba en algún corral con la

misma brusquedad con que había aparecido, si los animales tenían ya un enfoque diferente de las difíciles y complejas relaciones entre los humanos y los equinos.

Sólo ha quedado el carácter perverso de las relaciones de mi bisabuelo con los caballos, como cuando se bañaba en el río con su animal favorito o cuando quiso que su noveno retoño naciera en el pesebre de una yegua zaina llamada Redwing, y lo sé porque mi abuela se lo contó a mi madre. Cuando crecí y empecé a hojear la Biblia de la familia me enteré de que aquel noveno retoño había sido mi abuela, así que es posible que supiera algo sobre el particular.

Estas rarezas de su carácter me inclinan a creer que cuando abandonó a su mujer y a sus hijos, a los cincuenta y dos años, para unirse a un circo ambulante que pasaba por la región, no fue por una simple fanfarronada de borracho, ni siquiera por el comprensible deseo de huir de las obligaciones familiares. Creo que fue su gitanería lo que al final ganó la partida y lo que dio lugar a un suceso tan singular que nadie de la familia ha querido admitirlo hasta la fecha: no la transgresión más evidente —que se había fugado con un circo—, sino que con toda probabilidad se trataba de un hombre seducido por un caballo.

No es fácil defender una conclusión así en la sociedad en que vivimos. Pero no he llegado a ella por frivolidad y hay argumentos que avalan mi convicción. Pues aunque vengo oyendo la historia de la fuga del bisabuelo desde que era pequeña, la imagen que prevalece en todas las versiones es la del semental gris pintado que sabía bailar una variante de la mazurca. Era un animal tan impresionante que fascinaba a las multitudes con los pasos y botes laterales de las complicadas figuras de la pieza, que no bailaba como los lipizanos —con otros caballos igualmente monta-

dos por jinetes—, sino sin jinete y teniendo por pareja a los hombres de la compañía circense.

Se sabe que mi bisabuelo fue uno de los bailarines. Después de aquello, según mi madre, quedó «completamente arruinado». Que se hubiera ido de casa con lo puesto, abandonando a sus queridos caballos (veintinueve para ser exactos), refuerza mi impresión de que debió de empujarle una fuerza poderosa, algo más profundo que las amargas de la embriaguez o las crueles fantasías de abandonar a su mujer.

No le redimió que volviese al cabo de siete años y llamara a la puerta de su esposa, solicitando ser readmitido, ni siquiera que la esposa lo admitiera y cuidara de él hasta su fallecimiento, que aconteció unos años más tarde. Pero un detalle de la historia en el que nadie se fija es que, cuando volvió, llevaba una manta de montar y un penacho negro de la adornada cabeza de un caballo circense. Incluso mi madre lo interpreta como un simple indicio de la ridiculez de la crisis del bisabuelo, pues a fin de cuentas era un indigente y, ya en la vejez, llevaba camino de ser un «borracho inútil» y un «maniático de los caballos».

Nadie se ha molestado en meditar sobre lo que pudieron significar para él estos curiosos símbolos, la manta de montar y el penacho. Pero los colgó a los pies de su cama, «como un idiota», dijo mi madre. Y a veces, cuando bebía mucho, buscaba el penacho y la manta y se ponía ésta sobre los hombros. Y bailaba una mazurca. No bailaba en la sala de estar, sino que se iba al campo, donde los caballos se ponían firmes y miraban como si de súbito hubieran olisqueado el mar o percibido un cambio en la dirección del viento.

—Los borrachos no tienen conciencia de lo que hacen—decía mi madre al finalizar la historia del bisabuelo—. Hablar con un borracho es como hablar con un tocón.

Desde la época de los estallidos de furia gitana del bisabuelo, otros miembros de mi familia se han dejado seducir por otras cosas: por ambiciones insensatas, por instrumentos musicales, por aficiones por lo demás inofensivas, desde recoger setas hasta procrear, o, como le ocurrió a mi padre, por las cartas, una obsesión más extendida y más fácilmente reconocible como tal. Hasta cierto punto sigo pensando que fue la falta de imaginación lo que redujo las posibilidades de mi padre en la vida de nuestra familia.

Pero ni siquiera mi madre había sido capaz de resistir la atracción de un hombre tan convencido de lo que decía. Cuando lo conoció, en un baile de cumpleaños que celebraban en la casa rural de una amiga de ella, mi madre le preguntó cómo se ganaba la vida. Mi padre señaló la baraja que llevaba en el bolsillo de la camisa y dijo:

—Juego a las cartas.

Pero el amor es como es y aunque mi madre era una mujer totalmente práctica, por lo visto no pudo enamorarse de ningún otro hombre.

Así que es posible que la tendencia a dejarse arrebatar sea en cierto modo contagiosa cuando las personas normales entran en contacto con individuos como mi padre. Aunque mi madre le quería cuando se casaron, no tardó en comportarse como si la hubieran arrebatado a ella de la vida fructífera y sólida que siempre imaginaba que habría podido tener.

A nadie le extrañó que la ludopatía de mi padre estuviera regada con alcohol. Lo único que probablemente nos salvó de la pobreza fue que mi padre no acostumbrara a apostar en metálico. Tenía tanto encanto y tanta fuerza de persuasión que convencía a los demás jugadores de que aceptaran sus vales, vales que valían por todo, desde el pescado que tenía intención de pescar la temporada si-

guiente hasta el dinero que iba a sacar vendiendo el pelo de su hija.

Conozco bien esta última apuesta porque recuerdo el día que se acercó a mí con las tijeras y dijo que ya era hora de cortarme el pelo. Bastaron dos tijeretazos. No puedo olvidar lo mucho que lloró con el dorso de las manos en los ojos, mientras sostenía entre los dedos las trenzas juntas, como un nudo cortado del que se hubiera escapado una vida. Yo tenía trece años entonces y era la primera vez que me cortaban el pelo. Mi cabellera era su orgullo y su alegría. Para mí era sólo un estorbo que me diferenciaba de las compañeras de clase y me gustó librarme de ella. El interés que cualquier otra persona hubiera podido tener por mis largas y esplendorosas trenzas sigue siendo un misterio para mí.

Cuando mi padre tenía setenta y tres años, cayó enfermo y los médicos le dieron unas semanas de vida. Estaba convencido de que la indisposición se debía a una racha de mala suerte en el juego. Había sufrido pérdidas cuantiosas el mes anterior y habían desaparecido de casa diversos objetos de valor, casi todos de mi madre. Conoció la extraña idea de que si ganaba a las cartas esquivaría la predicción de los médicos y viviría por lo menos hasta los ochenta.

Yo ya no vivía en casa por entonces, vivía por mi cuenta, procurando obedecer las instrucciones de mi madre, que había alertado a su prole contra cualquier clase de ambición y atolondramiento. Sus advertencias se dirigían sobre todo a mí porque a eso de los cinco años había mostrado un entusiasmo sospechoso por un poni. Y es cierto que sentí que había perdido un amigo muy querido cuan-

do mi madre consiguió que los propietarios del poni lo llevaran a pastar a otra parte.

Pero había otros indicios de que podía engolfarme en búsquedas extrañas. El más revelador era que me negué a hablar en voz alta hasta que cumplí once años. Lo decía todo entre susurros, como si mi cabeza fuese un almacén de secretos que sólo podían comunicarse de manera privada. Si me preguntaban, respondía con educación, pero pegando la boca al oído de la persona que inquiría y vehiculando la respuesta con el aliento y los labios.

Mis profesoras atribuyeron los susurros a la timidez y procuraron adaptarse a mis condiciones. Cuando había exámenes orales, iba con la profesora al guardarropa y allí le susurraba los versos memorizados o el tema que me hubieran puesto. Dios es testigo de que habría podido comportarme así hasta el presente si mi madre no hubiera conspirado con algunos chicos del vecindario para que me pusieran abrojos en el largo pelo. Ella sabía, por otros indicios, que yo tenía un genio terrible y contaba con eso para devolverme a un mundo donde la gente se gritaba y se expresaba de manera audible acerca de todo lo divino y lo humano.

Cuando los chicos, según el plan que habían preparado, me encerraron en un cobertizo, no me quedó más salida que pedir ayuda a gritos e insultarles con un chorro de palabras que sólo había oído en boca de adultos. Mi madre se alegró al oírme, pensando que por fin había acabado con la traicionera influencia que tenía el pasado sobre mí, con la influencia de la sangre gitana de mi bisabuelo y con el miedo a que, a pesar de sus afanes, me arrebatara, como le había sucedido a ella, como le había sucedido a mi padre, una pasión no prevista todavía. Si yo no hubiera vivido ya en nuestra casa las consecuencias de una vida así, dudo que hubiera alcanzado su objetivo, aunque por en-

tonces ya había empezado a atraerme la perspectiva de llevar una vida normal entre personas de carácter menos tornadizo.

Resultó, pues, extraño que después de todo el celo que había puesto mi madre en esta cuestión, recurriese a mí cuando mi padre cayó enfermo. «¿Puedes hacer algo?», decía en la carta con sus prietos garabatos de zurda. «Lleva jugando y bebiendo tres días con sus noches. Estoy desesperada. Ven enseguida.»

En cierto modo yo sabía que era un mensaje dirigido al elemento de mi naturaleza que más desconcertaba y asustaba a mi madre, el elemento que pertenecía exclusivamente a mi padre y al reino de los inexplicables entusiasmos de su familia.

Cuando llegué, mi padre no estaba en casa.

—Está en el bar —dijo mi madre—. En el salón del fondo. Hace días que no prueba bocado. Y si ha dormido, no ha sido aquí.

Preparé un buen caldo y mientras vertía el humeante líquido en un termo me di cuenta de que murmuraba sílabas y otros vestigios lingüísticos que no sabría reproducir aunque quisiera.

—¿Qué significa eso? —preguntó mi madre como si hubiera visto salir un diablo de mi interior—. ¿Qué estás diciendo?

No respondí, no podía responder. Pero percibí de súbito que se me estaba manifestando una insospechada red de simpatías y conexiones lejanas con mi padre.

Dicen que cuando los amantes necesitan un claro de luna, allí está el claro de luna. Y mientras recorría la ciudad vacía en busca del bar y el salón de juegos, me pareció que toda la naturaleza se había enterado ya de los apuros de mi padre y que la respuesta que yo esperaba no estaba lejos.

Pero cuando llegué al bar y convencí al camarero de que me dejara pasar y entrar en el salón de juegos, vi que mi padre tenía al lado una montaña de fichas azules. Varios jugadores habían abandonado la partida para observar, con los párpados caídos y sosteniendo el cigarrillo como gánsters ociosos. Otros estaban sentados en sillas plegables junto a la cafetera y el vaso de plástico vacío que indicaba «Pague aquí».

Mi padre se había echado atrás la gorra y su frente brillaba bajo la escasa luz reinante. Me sonrió con el cigarrillo en la boca, con la seria obstinación del niño que no tiene intención de obedecer a nadie. ¿Y por qué tendría que obedecer?, me pregunté mientras me sentaba a su lado y abría el tapón del termo. Los cinco o seis jugadores que seguían en la mesa evaluaron superficialmente mi presencia para comprobar si les traía más mala suerte de la que ya tenían. De vez en cuando desechaban la baraja, sacaban otra sin estrenar o todavía precintada.

Había más fichas de valor máximo en el centro de la mesa y asomando por el bolsillo de la chaqueta de mi padre vi los pagarés que sin duda había recuperado, porque se inclinó hacia mí y me dijo en voz baja, sin apartar los ojos de las cartas: «Tengo una racha de narices. La ocasión de mi vida.»

Estaba ganando. El esfuerzo le había dejado huellas en la cara, pero saltaba a la vista que jugaba ya a un nivel que iba más allá de la simple partida de cartas y todos parecían darse cuenta. El que repartía las cartas arqueó una ceja cuando vertí caldo en el vaso que tapaba el termo y se lo alargué a mi padre, que lo sorbió ruidosamente.

—Dile a la vieja cacerola que va a tener que aguantarme unos años más —dijo, y encendió otro cigarrillo.

Pero cuando me miró sus ojos parecían demasiado bri-

llantes, como si, a pesar de todos sus esfuerzos, la duda hubiera conquistado un puesto permanente en su mesa. Le di un apretón en el hombro y un rápido beso en la frente. Los hombres seguían con la mirada gacha, y cuando me detuve un instante en la puerta, oí el rumor de sillas y carraspeos. Al salir de la sala casi tropecé con el camarero, que entraba con otra ronda de cervezas. Le temblaron los mofletes mientras recuperaba el equilibrio, me miró fijamente por encima de los escarchados botellines y desapareció en el salón de juegos con las vituallas.

Emprendí el largo trayecto de vuelta. Era un placer que a aquella hora todos los semáforos hubieran cambiado de ciclo y sólo emitieran un parpadeo ambarino de precaución. Incluso los adolescentes que solían recorrer la ciudad se habían ido ya a sus casas o a lugares más apartados. Mientras conducía, con la cara de mi padre ante los ojos, no dejaba de pensar en la duda, la verdadera secuestradora. Yo sabía que mi madre me había llamado por eso, porque comprendía que, una vez más, un miembro de nuestra familia estaba a punto de dejarse arrebatar.

Atendí a mi padre en el salón de juegos otros dos días con sus noches. Nunca me quedaba mucho rato porque tenía miedo de echarle a perder la buena racha. Pero hubo un cruce de ternura tácita entre nosotros en aquellas rápidas apariciones mías en las que él aceptaba el alimento que le llevaba o cuando levantaba los ojos y me tendía el botellín de cerveza para que bebiera un sorbo, un ritual que repetíamos desde mi infancia.

Mi padre seguía ganando, ante el asombro de los habituales de los bares de la localidad, que se asomaban a la puerta del salón de juegos y movían la cabeza con lástima, mirando a los menguantes y recalcitrantes jugadores que seguían en la mesa. En toda la historia del bar no se cono-

cía una racha de suerte como aquélla y lo cierto es que más tarde nos enteramos de que, por culpa de la extraordinaria suerte de mi padre, el propietario del salón de juegos y bar tuvo que liquidar el negocio y abrir una frutería en las afueras.

Durante aquel episodio, mi madre llamó dos veces al médico para que ordenase a mi padre volver a casa. Estaba segura de que mi padre, en algún fatídico momento, se zambulliría como un demente en el olvido y apostaría todas sus ganancias a una mano. Pero el médico, al ver el derroche de energías de mi padre para proseguir la partida, habló de una «ludoterapia» para enfermos terminales, de reciente invención. Poco imaginaba él que mi padre, a aquellas alturas, estaba tan agotado que había olvidado incluso que ganaba.

Por suerte para mi padre, llegó un momento en que hubo que dar por terminada la partida por falta de jugadores. Dos viejos amigos lo llevaron a casa y le ayudaron a bajar de la camioneta de reparto. Se detuvieron en el sendero del garaje, uno a cada lado, dejando que él solo mantuviera el equilibrio. Cuando terminó la partida, lo único que podía hacer ya mi padre era emborracharse.

Mi madre y yo miramos por la ventana y vimos que los dos hombres guiaban a mi padre hacia las hortensias de la fachada lateral de la casa, donde hizo aguas menores, con impecable precisión, sobre una flor de ancha corola. Luego le ayudaron a subir los peldaños y a llegar hasta la puerta. Mi madre y yo nos ocupamos de él desde aquel punto.

—Dadles caña, muchachos —gritó mi padre a los hombres concluyendo alguna conversación que sostenía consigo mismo.

—Seguro que sí —respondió el conductor con una carcajada.